



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 7

CBX 110 NUEVO TESTAMENTO II

Piñero, Antonio. “Cartas pastorales”. En *Guía para entender el Nuevo Testamento*, 443-459. Madrid: Trotta, 2006.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo 21

CARTAS PASTORALES

Tres escritos en el Nuevo Testamento forman un conjunto especial al que los especialistas suelen llamar «Pastorales»: 1 y 2 a Timoteo y la Carta a Tito. Las tres son bastante similares en cuanto a estilo, temas y atmósfera. El noventa por ciento de los investigadores, incluidos los católicos, las considera «pseudónimas», no escritas de verdad por Pablo. Sin embargo, son muy leídas y citadas en la liturgia, y sobre todo 2 Tim presenta una imagen de Pablo muy emotiva y atrayente. Los protestantes piensan generalmente que son el primer testimonio de lo que llaman un tanto despectivamente el «cristianismo naciente» o «protocatolicismo», y algunas confesiones las miran con cierta desconfianza como si fueran la muestra de que el auténtico mensaje evangélico comienza a desvirtuarse.

Fue a mediados del siglo XVIII cuando se extendió la costumbre de llamar «Pastorales» al conjunto de 1 Tim, 2 Tim y Tito. La filología alemana las denominó así para expresar que los tres escritos muestran una preocupación especial por el establecimiento y orden de la Iglesia, por la determinación de las virtudes que deben practicar los fieles, y por los «cargos» eclesiásticos, las personas que como «pastores» han de cuidar del rebaño de Cristo. Casi unánimemente los comentaristas consideran que las Pastorales y las denominadas Epístolas católicas son los representantes de la época final del Nuevo Testamento. Sabemos ya que este período se caracteriza por un impulso general a institucionalizar y consolidar la estructura de la Iglesia.

Desde el punto de vista sociológico e histórico la aparición de las Pastorales en el panorama del Nuevo Testamento supone *la irrupción de la lucha por el poder* en los inicios mismos de la Iglesia cuando se ve con claridad que la separación de la Sinagoga no tiene remedio.

Esta pugna se orienta en dos direcciones: obtener un poder fáctico sobre la comunidad estableciendo cargos eclesiásticos que sean objetivamente controlables, y retener el poder ideológico. Este último impulso se concentrará a su vez en conseguir dos objetivos: definir lo que es la recta doctrina y luchar contra los disidentes. Los que perderán a la larga en esta lucha por el control comunitario serán los «espirituales», los que pretendían gobernarse por el Espíritu, los carismáticos itinerantes y profetas, puesto que tal libertad será una característica de ingobernabilidad.

Recordemos que en los primeros momentos tras la muerte de Jesús la «Iglesia» se sentía a sí misma un grupo judío particular por su aceptación del Maestro como mesías y por sus intereses escatológicos más acusados que en el resto del judaísmo. La inminencia del fin del mundo hacía que fuera innecesaria una organización estricta. La comunidad se sabía gobernada por el Espíritu profusamente impartido en los últimos días (Hch 2,17). Incluso muchos judeocristianos vendían sus bienes y los repartían entre los más pobres de la comunidad en el convencimiento de que ya no era necesaria otra cosa que mantenerse unidos en la oración y la invocación del Señor en la espera del final (Hch 2,45). Pero pronto esta situación se hizo insostenible por la mera prolongación de la espera y el retraso de la venida del Mesías y Señor. Era necesaria una organización del grupo si quería continuar existiendo. La cuestión era qué tipo organizativo asumir, pues por la esencia de sus mismos comienzos escatológicos la constitución de unas normas con sentido temporal podría ser contradictorio con la libertad del gobierno del Espíritu. Pero, por extraño que sea, y al igual que lo que había pasado entre los habitantes de Qumrán, no parece que el primer grupo de cristianos se plantease la posible contradicción entre una comunidad a la espera del final y su posible organización temporal, que incluiría ciertas normas propias de una sociedad establecida. Por los Hechos (cap. 6) sabemos que ya desde los comienzos había diáconos y que se había organizado un servicio de atención y beneficencia a los más débiles de la comunidad, como las viudas.

Al principio las comunidades delegaron el mínimo pero necesario ejercicio de la autoridad en los más cercanos a Jesús, en los proclamadores de la palabra, y quizás en los más ancianos. No había sacerdotes ni se necesitaban, pues los primeros seguidores de Jesús estaban en Jerusalén o en territorio de Israel y tenían a su disposición la posibilidad de acudir al Templo. Los que se sentían particularmente inspirados por el Espíritu de Jesús, los «profetas» y los «maestros

de la palabra», debieron pronto gozar de una situación preponderante y debieron de dirigir de hecho los destinos de las diferentes comunidades. Pero estos maestros y profetas no constituían una organización propiamente dicha ni ejercían un cargo como tal, pues eran itinerantes y su puesto no era ocupado automáticamente por otros. La división de la que nos hablan los Hechos entre ministros de la palabra y encargados de la vida diaria de la comunidad debió ser el germen organizativo. Pronto, y al estilo de lo que había pasado en la comunidad de sectarios de Qumrán o por imitación de figuras semejantes en el entorno pagano (Flp), se extendió la figura del anciano supervisor de la marcha del grupo (en griego *epí-skopos* «el que mira sobre») que en un principio no se distinguía del «presbítero» o «entrado en años». Y muy pronto también, sin que podamos describir el proceso, se hicieron imprescindibles en toda comunidad cristiana estas figuras de presbíteros-obispos. Así pues, al principio «governaba» la Iglesia el don del Espíritu concretizado en profetas y maestros (1 Cor); luego ese don queda restringido a las personas a quienes se les confiere por la imposición de las manos (1 Tim 1,18; 4,14): obispos o presbíteros. Y como no era posible la existencia simultánea de muchos «inspectores», la figura al principio indiferenciada del obispo/presbítero adquiere contornos más precisos con la constitución de un solo obispo bajo cuyas órdenes se hallan un grupo de presbíteros (Ignacio de Antioquía, comienzos del siglo II). Este conjunto no sólo asume las tareas organizativas, sino también la de predicar la palabra y velar por la doctrina (Pastorales).

La explicación más profunda del surgimiento de la organización pudo ser el que —cuando murieron los primeros testigos («apóstoles»)— fuera necesario garantizar la continuación de la doctrina de ellos recibida mediante la existencia de ciertos garantes de la tradición. Ya a finales del siglo I los presbíteros y los obispos son presentados por nuestros textos como instituidos por los apóstoles y sucesores suyos, aunque de hecho los estratos más primitivos del Nuevo Testamento nada nos dicen sobre este suceso. También a finales del siglo I se nos informa de la existencia de estos cargos como elementos fundamentales de la constitución de la Iglesia: los cargos no quedan vacantes, pues distintas personas se suceden en el desempeño de la misma función. Así pues, la fuerza misma del desarrollo de una vida comunitaria instalada en el retraso de la venida de Jesús como mesías definitivo hizo que el primer gobierno del Espíritu se viera sustituido por el de los «sucesores de los apóstoles», tanto ancianos («presbíteros») como inspectores u «obispos». La organización de la

comunidad se irá pareciendo poco a poco a la de otros grupos religiosos o profesionales dentro del Imperio romano. Naturalmente el modelo organizativo es el marco de la ciudad helenístico-romana con un magistrado principal y otros subordinados. Este marco ayudará a consolidar el esquema de un obispo ayudado por presbíteros y diáconos. En la *primera Epístola de Clemente* (compuesta entre el 90-96, por tanto en la época que ahora consideramos, aunque no figure expresamente en el canon del Nuevo Testamento) se observa cómo el autor tiene una idea clara de la organización de la comunidad. A los miembros de la Iglesia pide disciplina, obediencia y orden, es decir, las mismas virtudes que se exigen en la ciudad, en el ejército y en las relaciones con la administración del Emperador.

Esta evolución no fue igual en todas partes, ni tuvo la misma velocidad de progresión en todos los casos: sigue habiendo carismas espirituales en las generaciones postpaulinas (Ef 4,7; 1 Pe 4,10s) y un cierto tono de misticismo en las celebraciones litúrgicas (Col 3,16). Se prodigan aún las manifestaciones proféticas (1 Tim 1,18; 4,14) y se siguen escribiendo libros de revelaciones como el Apocalipsis de Juan. En las Pastorales se habla ciertamente de la existencia de carismas en la Iglesia, pero no encontramos ya una comunidad efervescente llena de dones del Espíritu de modo que sea necesario regularlos (1 Cor), sino que se habla del carisma como «gracia de estado» (1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6). Normalmente sólo los responsables de la comunidad son los depositarios del Espíritu: 2 Tim 1,6-7 es una exhortación a recordar los dones divinos que Timoteo recibió al ser «ordenado» (¿supervisor = obispo?) por la imposición de las manos de Pablo y de los ancianos (1 Tim 4,14), por lo que pueden controlar la doctrina reprendiendo las desviaciones (2 Tim 2,25; Tit 1,9.13). La vida de los creyentes queda también sometida a una especie de disciplina eclesiástica por parte de los que desempeñan los cargos y han recibido el Espíritu, con la que se controla la vida moral de los miembros del grupo por medio de una exhortación moral vinculante (1 Tim 5,3-16; 2 Tim 4,2; Tit 2,15).

El desarrollo de los cargos dentro de la Iglesia fue consecuencia y espejo a la vez de una *pérdida de la tensión escatológica*. Aunque de hecho el grupo cristiano mantuvo las concepciones escatológicas (cf. 1 Tim 1,3-11: la comunidad de Timoteo se encuentra «en los últimos tiempos»; también en 2 Tim 3,1), a finales del siglo I la Iglesia aparece ya como un institución en vías de organizarse que procura la salvación por medio del culto regular y los sacramentos estables, como veremos con más claridad al tratar la Epístola de Santiago. En

las Pastorales y en los Hechos se observa claramente que la Iglesia se va preparando para una estancia de larga duración en el mundo. Vimos que la segunda parte de la obra lucana supone ya la composición de una historia de la primera comunidad, cosa que hubiera sido impensable para quienes creían en un fin del mundo inmediato. Al disminuir la tensión escatológica la vida «espiritual» se transforma en «piedad», valor típico de la religión helenística, lo que es otro signo de acomodación al entorno. Los cristianos adoptan una tesitura de piedad estoico-burguesa parecida a la de los ciudadanos piadosos de otras asociaciones religiosas, como testimonia Plutarco para el siglo II. Así en 1 Tim 2,2, se pide ya «poder vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad», es decir, se solicita de la divinidad la concesión de una cierta comodidad y asentamiento espiritual dentro de una vida duradera en el mundo.

En las Pastorales junto con las Cartas católicas observaremos cómo la tradición va conformándose en un *corpus* o «depósito» fijo de creencias y cómo se van estableciendo poco a poco las bases para que más tarde, a lo largo de los siglos II y III, la Iglesia pueda entresacar de entre estas ideas teológicas las que considera fundamentales, básicas e importantes para formar el credo o «confesión de fe [que procede] de los apóstoles». El Evangelio de Lucas y los Hechos de los apóstoles habían plantado el germen de la idea rectora de este proceso: no ha habido ninguna evolución en la doctrina, sino que ésta «ha sido transmitida a los santos [los cristianos fieles] de una vez para siempre». La abundancia de doctrinas dispares y hasta contradictorias dentro del seno del cristianismo del siglo I era notable. No existía ninguna instancia, ninguna Academia sacra que velase por la pureza de la doctrina. Muchas nociones teológicas, que más tarde serían tenidas por heréticas y que acabarían siendo abandonadas —en el ámbito de la cristología (como el tantas veces nombrado «subordinacionismo»), o en el de la ética, o doctrinas como el «milenario»—, fueron en un principio tan aceptadas como otras. Y algunas más, por ejemplo, la mariología, no habría de nacer sino con las narraciones tardías de la infancia de Jesús (Mt 1-2; Lc 1-2), y su primer desarrollo no se produce hasta bien entrado el siglo II. Por ejemplo, la virginidad de María antes y después del parto se defiende con claridad por vez primera en el *Protoevangelio de Santiago*, hacia el 150. Esta idea no se consolidará hasta el siglo IV.

Al mismo tiempo, y aunque parezca contradictorio con la imagen hasta ahora dibujada, había una fuerte unidad doctrinal entre los grupos más importantes. Es muy probable que la unidad se lograra

por la irradiación de ideas desde los grupos más poderosos y por los continuos contactos de personas y doctrinas entre las comunidades más importantes de la cristiandad: Roma, Alejandría, Antioquía, Corinto, Éfeso, etc., por las vías del comercio. Los componentes de grupos más pequeños o las comunidades de ciudades menos importantes debieron de mirar y tomar como guía lo que se pensaba y enseñaba en las comunidades más importantes. Esta unidad en líneas generales hará posible más tarde la constitución de un canon único de Escrituras (cap. 3), a pesar de enormes titubeos, y la formulación de una «regla de fe» bastante firme. Y poco a poco, a finales del siglo I, se produce el fenómeno de que la fe deja de ser algo dinámico (Pablo, cf. p. 280) y se convierte en una serie de verdades bien concatenadas que se transmite tal cual por la tradición. Es un «depósito» (1 Tim 6,20) que se debe cuidar y al que se debe ser fiel.

Tras esta breve panorámica, vamos a tratar en primer lugar conjuntamente del contenido de las tres cartas Pastorales ordenándolo por temas y dejaremos para el final las cuestiones comunes a las tres: ¿fue su autor Pablo de Tarso? Y si no fuera así, ¿qué argumentos hay en contra de esa autoría?

1. *Destinatarios de las Cartas pastorales*

Timoteo nos es ya un personaje conocido. Los Hechos dicen de él que era hijo de una judeocristiana y de un pagano y que había nacido en Asia Menor (Hch 16,1-3). Fue convertido probablemente por Pablo, y con el tiempo pasó a ser uno de sus más íntimos colaboradores en sus tareas apostólicas en diversas ciudades (Tesalónica, Corinto, Filipos: 1 Tes 3,1; 1 Cor 4,17; Flp 2,19). Hay cinco cartas auténticas de Pablo en las que Timoteo aparece nada menos que como corremisente del Apóstol (1 Tes; 2 Cor; Flp; Flm, también en 2 Tes).

Curiosamente Tito no aparece en los Hechos de los apóstoles, pero por Gál 2,1 sabemos que era un estrecho colaborador de Pablo, hijo de paganos luego convertido. El Apóstol lo llevó al «concilio de Jerusalén» (Hch 15) para demostrar en vivo cómo un antiguo gentil podía ser un excelente cristiano sin necesidad de ser circuncidado. En 2 Cor se le menciona repetidas veces como ayudante de Pablo que le confía misiones difíciles: restablecer la amistad de la comunidad de Corinto y recaudar fondos para la colecta en favor de los cristianos pobres de Jerusalén.

2. *Exposición de la falsa doctrina*

1 Tim 1,3-20 + 4,1-10 + 6,3-10.20; Tt 1,10-16 + 3,8-10; 2 Tim 2,14-16 + 3,1-9 señalan la aparición en la escena de la Iglesia de falsos maestros que propagan una interpretación errónea del cristianismo, es decir, no conforme con la tendencia tradicional. El problema es ya conocido por 2 Cor, Gál y Flp. El ataque contra ellos comienza con el insulto y una descripción denigratoria, lo que da idea de la pugna: están inspirados por el Diablo (1 Tim 4,1), son amigos del dinero (Tt 1,11), mentirosos (1,10.12), impíos (2 Tim 2,16), hombres llenos de todos los vicios con apariencia de piedad (2 Tim 3,1-6). Comienzan por conquistar a las mujeres de poca formación y amigas de novedades (2 Tim 3,6). Son charlatanes y discutidores (2 Tim 2,14.16); conducen a estériles discusiones, basadas en vana palabrería (1 Tim 1,4 + 1,6); repiten genealogías interminables (1 Tim 1,4); fábulas judaicas y cuentos de viejas (1 Tim 4,7; Tt 1,10.14) propias de inteligencias corrompidas (1 Tim 6,5).

Rasgos ideológicos más concretos de estas doctrinas son los siguientes: los falsos maestros se jactan de poseer una ciencia o conocimiento, una *gnosis* al fin y al cabo (1 Tim 6,20; 2 Tim 3,7); «profesan conocer a Dios» (Tt 1,16); afirman que la «resurrección ya ha sucedido» (2 Tim 2,18); pretenden ser maestros en la ley de Moisés (1 Tim 1,7); son judeocristianos: «de la circuncisión» (Tt 1,10); al disputar sobre la Ley demuestran que aún no han progresado en la línea teológica de libertad del maestro Pablo (Tt 3,9); son falsos ascetas: prohíben el matrimonio (1 Tim 4,3) e ingerir ciertos alimentos, como los judíos (1 Tim 4,3; Tt 1,15).

El conjunto de estas acusaciones es poco preciso. Da la impresión de que el autor se refiere a una interpretación del cristianismo teñida de gnosismo y de prácticas judías, una suerte de «judeocristianismo gnóstico» (¿una interpretación gnosticisante de las cartas anteriores de Pablo?). El «estar inspirados por el Diablo» podría referirse a enseñanzas inspiradas por el Demiurgo (= el Diablo). Desde luego el autor previene contra los peligros de una «falsa gnosis» (1 Tim 6,20). Se trataría, pues, de una lucha contra una gnosis incipiente. Una visión de la Iglesia asentada en el mundo —que en el fondo acepta lo material / carnal (por ejemplo, tener hijos: 1 Tim 2,15; «todo lo que Dios ha creado es bueno»: 1 Tim 4,5)— va contra una concepción dualista, gnóstica, que niega el mundo (ascesis exagerada) y que sostiene en el fondo que la creación, la materia, es mala. Apenas si se puede precisar más porque quizás los autores están ofreciendo rasgos

generales de un bloque de herejías, es decir, de un conjunto de otras interpretaciones del cristianismo, de tono gnostizante. Es interesante, sin embargo, observar que las Pastorales confirman la impresión de que los inicios de los sistemas gnósticos plenamente desarrollados (mediados del siglo II) son judíos, es decir, que la gnosis nació en el seno de un judaísmo esotérico y marginal (pp. 129s).

3. *Comportamiento frente a los herejes*

El remedio contra estos malvados maestros, según las Pastorales, no es discutir con ellos (1 Tim 6,4-5; 2 Tim 2,14.24), sino —basándose en el sólido fundamento de la fe en Dios (2 Tim 2,19)— presentarles el contenido de la fe, «las sanas palabras de Jesucristo y la doctrina que es conforme a la piedad» (1 Tim 4,6.16; 6,3), recibido por tradición (1 Tim 6,20). La reprensión debe ser tal que les convenza de las ventajas de mantenerse fieles a la sana doctrina (= fe recta) (1 Tim 1,11.13; 2,1.15 + 3,8-10). Esto debe bastar para persuadirlos, con lo que el tiempo ganado podría dedicarse a fomentar la fe (1 Tim 1,4-11). Los encargados del buen funcionamiento de la vida comunitaria deben llevar una vida ejemplar que sirva de modelo de la fe para los falsos maestros (naturalmente también para los fieles: 1 Tim 4,12). En 2 Tim 4,1-5 el autor conjura solemnemente a Timoteo a cumplir sus funciones: predicar la doctrina recta contra viento y marea, comportarse con justicia, y desempeñar a la perfección su ministerio. Esto significa: apartarse del afán de dinero y del lucro (1 Tim 6,6-10) y practicar toda suerte de virtudes (1 Tim 4,7-8. 12; 6,11ss; 2 Tim 2,22; 3,10; 3,14-15), fe, caridad, paciencia, dulzura. Esta práctica de la virtud es como una lucha, «el combate de la fe» (1 Tim 4,10 y 6,12). En 1 Tim 1,18-20, comienzan claramente las imágenes del cristianismo como «milicia de Cristo».

4. *¿Qué es la recta doctrina?*

Las Pastorales no son explícitas al respecto, porque la cuestión se da por sobrentendida. Ello indica que estamos ya bien alejados del Jesús histórico. 2 Tim 1,13-14 incluye una definición de la fe característica de las generaciones que sucedieron a Pablo: es una «palabra sana / saludable». En 1 Tim 1,18-20 la fe es igual a conciencia recta. Quien no la tiene no es buen cristiano (1 Tim 1,19). En 1 Tim 1,4-5 la «fe»

es sinónimo de plan de Dios. Seguirlo es practicar la «religión cristiana» que acepta como su base un contenido concreto de doctrinas, que se dan por supuestas en el lector y que se apoyan en una recta interpretación de los textos de la Escritura, el Antiguo Testamento *entendido por la Iglesia* (2 Tim 3,14-17: este pasaje es el que afirma con más claridad en todo el Nuevo Testamento la inspiración de las Escrituras judías, las únicas que tenían los primeros cristianos; cf. p. 45). Timoteo, modelo de la función eclesiástica cristiana, puede «argüir, corregir y educar en la justicia» mediante las Escrituras judías *según las interpreta la Iglesia*. Es también importante el concepto de fe como «depósito» de doctrinas ya constituido «Timoteo, guarda el depósito» (1 Tim 6,20-21). Las creencias en él contenidas se refieren sobre todo a Jesús y su significado: lo que fue y sigue siendo. En 1 Tim 1,15 se expresa su contenido esencial: Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Un ejemplo de sana doctrina (= a Mc 7,15): Dios creó todos los alimentos, por tanto son todos buenos, es inútil hacer distinciones de bondad o maldad entre ellos (1 Tim 4,3-5) y es innecesaria la práctica ascética de los adversarios. Otro aspecto doctrinal mencionado expresamente en las Pastorales es la función de la Ley, que debe ser bien comprendida: para el cristiano vale aún, aunque sólo como exponente de normas morales de validez universal (1 Tim 1,8), un código de preceptos que señala caminos de comportamiento: evitar la impiedad, el asesinato, desviaciones sexuales, etc. (1 Tim 1,9-10) pero nada más. Entendida así, la ley de Moisés está de acuerdo con el Evangelio (1 Tim 1,11). Esta crítica da por supuesta la idea de Pablo de la «justificación por la fe y no por las obras de la Ley» (Gál y Rom): en el cristianismo que vive el autor la Ley tiene ya una función absolutamente secundaria.

5. *Fundamentación de la ética*

Tito 2,11-14 expresa el fundamento doctrinal que sustenta la práctica de estas virtudes con ideas ya expresadas por 1 Tim: la ética es el comportamiento exigido por la gracia salvadora de Dios. Jesucristo se entregó en sacrificio para rescatar al cristiano de toda iniquidad: por tanto hay que renunciar a la impiedad y las pasiones. El premio vendrá con la manifestación de la gloria divina, la venida de Jesús o parusía. En Tito 3,4-7, después de la lista de exigencias morales, aparece la fundamentación teológica de la vida cristiana basada en dos ideas principales: los cristianos son salvados por la misericordia

divina, no por sus propias obras (= justificación por la fe y por la gracia de Gál 2,16; Rom 1,16-17 y Flp 3,9); la infusión del Espíritu Santo hace al cristiano heredero de la gloria (como en Rom 8). Hay que actuar conforme a esta realidad.

6. *La constitución de cargos eclesiásticos. Sus deberes*

Las Pastorales no ofrecen historia alguna de la constitución de los cargos eclesiásticos sino que los presenta como algo ya normal para el funcionamiento de la comunidad. Estos cargos deben cubrir las siguientes necesidades: enseñanza, cuidado pastoral, control de la fe, disciplina comunitaria y servicios sociales. Los autores sitúan la generación de las normas necesarias para cubrir estos objetivos bajo el manto de la experiencia y autoridad de Pablo.

Obispo(s)

1 Tim 3,1 nombra al obispo ya en singular y lo presenta como un cargo apetecible en la Iglesia. En Tito 1,7-9 hay entre los presbíteros uno, el obispo, que hace de supervisor del grupo, pero como *primus inter pares* («primero entre iguales»). Este hecho debe contrastarse con Flp 1,1 donde aparecen los obispos en plural en un grupo cristiano muy pequeño. Es lógico pensar que la comunidad de 1 Tim está en el camino de tener una estructura que sólo se manifestará claramente más tarde: un obispo al frente de los cargos eclesiásticos (diáconos 1 Tim 3,8-13 y presbíteros 1 Tim 5,17). 1 Tim 3,2-7 enumera las virtudes y cualidades que ha de tener quien aspire a ser obispo. La lista de virtudes —sobrio, sensato, marido de una sola mujer, prudente, etc.— es similar a otras que se encuentran en el paganismo circundante respecto a cargos similares: «supervisores» de sociedades tanto industriales como religiosas. En Tt 1,7-9, en la lista de virtudes del obispo, análoga a la de 1 Tim, destaca su capacidad de refutar a los herejes, que «llevan la contraria» al sentir común del grupo. En Tt 2,7-8.15 el autor menciona otras virtudes de los dirigentes eclesiásticos personificadas en lo que debe exigirse a Tito.

Presbíteros

En 1 Tim 5,17-21 el autor no especifica con claridad en qué se diferencia este «cargo» de presbítero del de obispo y diácono y no pre-

senta una lista de cualidades o virtudes exigibles. En Tt 1,6 sí se especifican las cualidades de los presbíteros: irreprochable, casado una sola vez, con hijos creyentes y practicantes. En 1 Tim 5,22 (cf. también 4,14;6,12) se dice que los presbíteros han sido ordenados, es decir, constituidos como tales por medio de la «imposición de las manos» (rito judío para la ordenación como ministro que sigue vigente hasta hoy en el judaísmo y en el cristianismo). En 1 Tim 5,17 se afirma expresamente que el cargo está remunerado: la expresión «doble honor» debe interpretarse como doble remuneración o paga. Explicita también este texto que los que merecen el doble pago son algunos presbíteros que se dedican a la predicación y a la enseñanza. No aparece en 1 Tim ninguna alusión a que los presbíteros deban presidir la asamblea litúrgica. En Tt 1,5-9 se mezclan sin solución de continuidad los cargos de obispo y presbítero con las cualidades que deben exigírseles. Es evidente que estos versículos contemplan la organización de una Iglesia que está en los comienzos, pues da la impresión de que aún no se distingue netamente entre los dos órdenes: en la fecha de composición de 1 Tim y Tit aún no estaban claras las líneas de distinción entre esos dos cargos eclesiásticos.

Diáconos

1 Tim 3,8-13 es el único texto de las Pastorales que menciona a los diáconos. En estos versículos no se especifica qué tareas tiene encomendadas este cargo, pero la palabra misma (del griego *diakoneîn*, «servir») indica que es un puesto subalterno, de ayuda al obispo y a los presbíteros. Sus virtudes son las exigibles a todo buen cristiano: «honorable, exento de doblez, sin afán de lucro, marido de una sola mujer», etcétera.

Viudas

Las viudas forman parte de algún modo de la estructura del buen funcionamiento de la comunidad. En 1 Tim 5,3-16 el autor especifica que no se trata de las viudas que son meramente tales porque se han quedado sin marido, sino de las que tienen una función en la Iglesia: «las viudas de verdad» (5,3), que cumplen una serie de requisitos. Éstos son: tener más de sesenta años (5,9), estar desamparada (5,5), no haberse casado de nuevo (5,9) y haber sido espejo de virtudes. Su misión es triple: en primer lugar «perseverar en plegarias y oraciones [por la Iglesia] noche y día» (5,5), ayudar en tareas de

beneficencia y dar testimonio del ideal en la institución del matrimonio: un hombre con una mujer, de por vida. Si uno de los cónyuges fallece, es preferible no volver a casarse. La teología de fondo es probablemente la ya conocida: la pareja «formó una sola carne» y según el orden de la creación eso se produce una sola vez. Gn 1,27 habla de que Dios creó al ser humano «varón y mujer», en singular (5,9; cf. p. 195). La comunidad de las Pastorales muestra una cierta aprensión hacia las viudas jóvenes. 1 Tim 5,11-16 afirma que éstas se hallan expuestas a muchos peligros, sobre todo de lascivia. Como mal menor, el autor las exhorta a casarse de nuevo y tener hijos. Eso evita que se hable mal de la Iglesia. La diferencia con el Pablo de 1 Cor 7 es notable.

7. *Obligaciones de todos los miembros de la Iglesia*

Los catálogos de deberes domésticos de las Pastorales tienen como última finalidad hacer de los miembros de la Iglesia unos ciudadanos ejemplares en este mundo, con un comportamiento que haga «honor a la doctrina de Dios, nuestro salvador» (Tt 2,10). La práctica de las virtudes sitúa a los cristianos al mismo nivel que los paganos cultos que cumplen las normas éticas exigidas por la filosofía general de la época (sobre todo la estoica). El cristianismo acepta estas normas y las cristianiza enmarcándolas en un ambiente cristiano dentro de la historia de la salvación. Al considerarlas desde esta óptica, el cristianismo no admite —como los paganos en general— que las normas éticas se practiquen con total independencia de cualquier postulado religioso.

Según 1 Tim 2,1-8 la oración en la Iglesia es necesaria en todo tiempo y lugar. Hay que orar por todos los hombres (2,1) para que conozcan la verdadera religión y se salven (2,4); por las autoridades paganas para que permitan a los cristianos llevar una vida tranquila (2,2). Era ya costumbre judía rezar por el Emperador. El cristianismo la continúa y se preocupa por el buen funcionamiento del mundo, pues sabe que la venida de Jesús se retrasa. En Tt 2,1-6 + 2,7-8 + 2,9-10 + 2,11-14 + 3,1-7 aparecen unas listas de virtudes que deben practicar los miembros de la comunidad: ancianos / ancianas, jóvenes y esclavos: deben ser sensatos, caritativos, pacientes, etc. De nuevo se trata de virtudes que hacen del cristiano un buen ciudadano, con excelente comportamiento social basado sobre todo en la mansedumbre.

Esclavos

Como es usual también en el resto del Nuevo Testamento, los autores de 1 Tim 6,1-2 y Tt 2,9-10 no discuten la moralidad o inmoralidad de ese estado, sino que lo acepta como una institución social consolidada (cf. p. 292). Los esclavos deben mostrar respeto a sus dueños; servirlos de la mejor manera posible, complaciéndolos en todo sin contradecirlos, ni defraudarlos. Sorprende que la carta sólo hable de los siervos y no mencione las obligaciones respectivas de los amos o dueños.

Mujeres

El estatus natural de la mujer es el de la sumisión al varón en todo (1 Tim 2,11-14). El fundamento de esta posición secundaria es el orden de la creación: Adán fue creado primero y Eva después (Gn 2,18ss); Eva pecó primero y sedujo a Adán (Gn 3,16). 1 Tim 2,9-15 sostiene que las mujeres en el culto y en la vida ordinaria deben actuar con compostura, que se manifiesta en la modestia y decencia en el vestido (2,9). El autor prohíbe a las mujeres enseñar públicamente temas de religión (2,12: ¿disposición contra ambientes gnósticos que reconocían a las mujeres esta facultad?). En 1 Tim 2,15 se enseña que su función de madre las salvará para la vida eterna (contrástese de nuevo con 1 Cor 7: para Pablo el matrimonio era sólo una especie de mal menor a la espera del fin del mundo inminente).

8. *¿Fueron las Pastorales escritas por el apóstol Pablo?*

El noventa por ciento de los investigadores cree que no. Las Pastorales fueron compuestas por uno o dos discípulos del Apóstol (1Tim-Tito / 2Tim) de la segunda o, mejor, de la tercera generación. Las razones para defender esta opinión son las siguientes:

- *La situación de Pablo supuesta en las Pastorales.* Los datos sobre la vida de Pablo que ofrecen estas cartas no pueden encajar con lo que conocemos del marco del final de su vida por 1 Clemente (5,7), por los Hechos de los apóstoles (20,25.38) y por las Pastorales mismas (2 Tim) que ignoran cualquier tipo de liberación del Apóstol de su prisión en Roma que diera pie a una segunda evangelización en el Oriente (Chipre, por ejemplo) como supone la Epístola a Tito.
- El *vocabulario* de las Pastorales es muy distinto del utilizado en las cartas auténticas de Pablo: hay más de trescientas palabras que

no se hallan en estas últimas. Es cierto que las estadísticas no son un argumento definitivo, pero apoyan a otros.

- El *estilo* es muy distinto. En Pablo observamos una construcción de frases muy dinámica y pasional, llena de argumentos y de efectos dramáticos, con sentencias a veces retorcidas debido a la emoción, diálogos con adversarios que se imaginan delante, etc. Por el contrario, el estilo de las Pastorales es pausado y más bien meditativo, más cercano al de las obras filosóficas del helenismo tardío. Desde luego nada que ver con el de Gálatas, o 2 Corintios, por ejemplo.

- La *teología es diversa*: los temas, conceptos, puntos de vista, la situación de la Iglesia, la conciencia de la parusía... difieren de las concepciones paulinas y su modo de desarrollarlas. Las Pastorales presentan como ideal de vida no la espera tensa del final del mundo como en el Pablo auténtico (1 Tes), sino un comportamiento ciudadano perfecto en la ciudad secular. La finalidad del comportamiento cristiano es llevar una vida pacífica, ordenada y tranquila, bien gobernada. Ello explica también:

a) La insistencia en la *sana doctrina*, las buenas obras y en una correcta organización de la Iglesia. Hay que fomentar la consolidación de la familia, cuidar de los desvalidos, por ejemplo, de las viudas necesitadas, evitar discusiones y riñas, practicar virtudes sociales, conformarse con los bienes que se poseen, etcétera.

b) La defensa de la *lucha contra los falsos maestros* que interpretan erróneamente el legado de Pablo y que promueven una moral rara y sectaria, pues buscan apartar al cristianismo de su vida en el marco del mundo.

c) El desarrollo del *motivo de la tradición* y la importancia de los *cargos eclesiásticos* en la Iglesia que cuidan de mantener esa tradición. Estos cargos son más institucionales y menos «carismáticos». En estas tres cartas apenas si se nombra a los portadores del Espíritu como los profetas (1 Tim 1,18 y 4,14), que tanta importancia habían tenido en el funcionamiento de las iglesias domésticas primitivas. La estructura de la Iglesia, supuesta en las Pastorales, sobrepasa la época de Pablo. Se nota que ha pasado ya mucho tiempo desde las fundaciones paulinas.

d) El sustento de toda esta organización es la *figura venerada del Apóstol originario*, figura del pasado que transmite por su autoridad lo que ha de ser: el apóstol como modelo y la importancia de fundamentarse en lo apostólico.

Estos argumentos por separado pueden tener una fuerza relativa, pero unidos forman un bloque compacto difícilmente rebatible. El

autor hubo de ser un discípulo del Apóstol que intentó acomodar su legado. Parece absolutamente imposible que un carismático como Pablo haya compuesto estas cartas que en el fondo dan al traste con la Iglesia carismática y del fin de los tiempos que vivió en sus días.

9. *¿Quién es entonces el autor o autores? ¿En qué momento y dónde se compusieron?*

En verdad no lo sabemos, y es difícil que lo sepamos alguna vez. Se han propuesto algunos nombres para el conjunto: Lucas, el autor del tercer Evangelio y de los Hechos, puesto que el redactor de las Pastorales se inspira en ellos y toma algunos datos de esta obra; el obispo Policarpo de Esmirna (muerto hacia el 160), por semejanzas de vocabulario y de situación de la Iglesia. Sin embargo ni éstas ni ninguna otra propuesta alternativa ha llegado a convencer a la mayoría. Es, pues, mejor confesar nuestra ignorancia.

Tampoco es fácil responder a la cuestión del *momento* y del *dónde*. Lo único que se puede afirmar es que el autor de las Pastorales está ya alejado de Pablo, una o más bien dos generaciones. Si calculamos unos 20/25 años de distancia por generación y damos por válida la tradición de que Pablo murió en la persecución de Nerón en Roma hacia el año 64, tendríamos una fecha en torno al año 100 o 110. Tuvo que ser un momento, además, en el que el autor o autores tuvieran ya a su disposición una cierta colección de cartas de Pablo y al menos una edición temprana de los Hechos de los apóstoles, pues da la impresión de conocer y utilizar esos escritos. En torno al año 100 es un momento en el que en la Iglesia se escriben cartas que tratan de la constitución y ordenamiento de la Iglesia: la *Epístola de Clemente* en Roma dirigida a la Iglesia de Corinto (hacia el 96); la *Didaché* o *Doctrina de los doce Apóstoles* (hacia el 100); las cartas de Ignacio a diversas iglesias antes de su martirio (hacia 110) y la carta de Policarpo a la Iglesia de Esmirna (hacia el 110/120). Parecen estos años un buen momento para la composición de las Pastorales, pero parece también que estas últimas tienen un aire un tanto más primitivo que las obras mencionadas. El lector que se sitúa mentalmente en esa época tiende a colocarlas un poco antes: hacia el 90-100.

Respecto al *dónde* nuestra ignorancia es total. Es muy probable que —dado que se trata de una literatura cuyo autor esconde voluntariamente su personalidad verdadera: los detalles pintorescos de las cartas (1 Tim 5,23; 2 Tim 4,13) valen sobre todo para provocar un

aire de autenticidad— se hayan compuesto en el entorno mencionado en las obras y al que van dirigidas: Éfeso (1 Tim), Creta (Tit), o Asia Menor en general (2 Tim). Parece que en Éfeso hubo muchos discípulos de Pablo y que allí siguió evolucionado la tradición paulina. Esta ciudad pudo ser un buen lugar para la redacción de las Pastorales.

PANORÁMICA
LA DIVERSIDAD DE LAS CIRCUNSTANCIAS Y LA EVOLUCIÓN
DE LAS DOCTRINAS

Si volvemos nuestra vista atrás y consideramos el conjunto de los nuevos problemas a los que se ha enfrentado la literatura deutero-paulina, tendremos una sensación del avance experimentado desde los primeros tiempos de la predicación madura de Pablo (1 Tes).

1. El primer problema fue *el retraso de la parusía*. El autor de 2 Tes da buenos argumentos para sostener que «el día del Señor» no es «inminente» ni mucho menos.

2. El segundo es *la posibilidad de la persecución*. En la misma 2 Tes 1,4-10 el autor trata de consolar a los cristianos perseguidos. ¿Por sus conciudadanos? ¿Por las autoridades, por ejemplo, por retraerse de participar en el culto al Emperador? Pero el consuelo es que la justicia de Dios existe y hará pagar a los que hacen sufrir a la comunidad, mientras que a ésta le concederá el premio del paraíso. Naturalmente el premio será otorgado al fin del mundo: habrá un juicio y los que no creyeron en el evangelio serán condenados a una pena eterna.

3. El tercero fue la abundancia de cristianos que *entendían su fe a base de una interpretación gnóstica o con motivos gnósticos*. Ya en Corinto (1 Cor) había un grupo de cristianos en los que de algún modo se podía calificar de «gnosticisantes» o «espirituales». En 1 Tim 6,20 vemos que el problema se había agudizado. En estos momentos del primer deuteropaulinismo los autores de Colosenses y Efesios encaran esta cuestión. La disputa con los herejes hace avanzar la cristología y la eclesiología, sobre todo en Ef y Col.

4. El cuarto problema fue enfrentarse a la necesidad de que con el paso del tiempo *eran necesarias normas morales* muy concretas por las que pudieran regirse los diversos grupos de la comunidad cristiana. Los dos autores de Ef y Col presentan por primera vez en el Nuevo Testamento lo que se han denominado «cuadros de deberes» de los diversos estamentos que componen la Iglesia, y las Pastorales terminan el cuadro.

5. La quinta cuestión tiene que ver en parte con la relación de la Iglesia y su entorno: el cristianismo *se está enfrentando a los adeptos de las religiones de misterios*. El argumento empleado para ganarlos a la causa es el mismo que se blandía contra los «gnósticos»: Cristo ofrece más y mejor que cualquier divinidad de las religiones de misterios: la misma resurrección y liberación del Destino, pero mejor, más barato, y con un mejor premio (Col y Ef).

6. La sexta cuestión fue tomar postura frente a la *destrucción del templo de Jerusalén*, que tan importante y vital había sido para la comunidad palestinense y para los judíos. El cristiano no debe preocuparse profundamente por esa ausencia, pues Dios ha provisto haciendo un templo nuevo. Éste es la Iglesia (Ef 2,19). Hebreos resuelve radicalmente la cuestión presentando un nuevo cuadro que hace innecesario el Templo: un nuevo sacerdocio, una nueva víctima, un templo celestial, una nueva alianza y una ley nueva. Todo gracias a la obra de Cristo.

7. Por último, *el autor de Efesios pone los cimientos para fundamentar la fe y la doctrina de la Iglesia* sobre la base sólida de la tradición y en concreto la de los seguidores más íntimos de Jesús «la tradición apostólica». Las Pastorales desarrollan con todo vigor esta línea marcando las primeras líneas claras de una organización temporal de la comunidad como Iglesia y presentando a la doctrina cristiana como un bloque sin fisuras ni cambios basados en la tradición apostólica. El diseño del control del poder fáctico e ideológico en la Iglesia había ya comenzado.